

# RESEÑAS

## INVESTIGACIÓN Y CIENCIA EN LA PERIFERIA. UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA A GRANADA (SIGLOS XIII-XX).

Guillermo Olagüe de Ros

Biblioteca de bolsillo divulgativa. Collectanea limitanea. Universidad de Granada. Granada, 2004

ISBN: 84-338-3200-X

En el año 2004, Guillermo Olague de Ros, catedrático de Historia de la Ciencia de la Universidad de Granada, entregó a la imprenta un nuevo libro. En la revista «Llull» reseñamos su extenso libro dedicado a la historia de la Facultad de Medicina de Granada en la segunda mitad del siglo XIX y la casi totalidad del siglo XX (ver Llull n.º 54, 2002).

Esta nueva entrega publicística del profesor Olagüe, en cuanto a temática, no ha sorprendido a los que venimos siguiendo su obra desde hace un par de décadas. Efectivamente, este catedrático granadino pero nacido en Valencia en 1948, viene publicando trabajos orientados, por ejemplo, hacia la biografía de personalidades científicas, reuniones o congresos médicos, documentación médica e instituciones docentes, entre otras cuestiones. En estas líneas de investigación encontramos trabajos suyos dedicados a Manuel Fernández Barea, Mariano López Mateos, Eduardo Ortiz de Landázuri, Fidel Fernández Martínez, los congresos médicos andaluces en el siglo XIX, Josep Pascual i Prats y el *Index Medicus Hispanus*, la Facultad de Medicina de Granada o sus reflexiones sobre la aportación de Andalucía a la investigación Biomédica y en Ciencias de la Salud, etc. Sirvan estas citas para subrayar y enmarcar la coherencia de la trayectoria publicística del profesor Olagüe de Ros, que inevitablemente debía desembocar en una obra sobre la investigación científica en Granada (siglos XIII al XX), motivo de la presente reseña.

Antes de entrar en el contenido de esta obra debemos precisar dos aspectos: el primero de ellos es que no estamos ante una obra de perfil localista; y segundo que la reflexión que se nos presenta sobre la investigación científica tiene la virtud de estar realizada desde la periferia y con el fin de entender la investigación científica realizada desde la misma (Granada, Andalucía) en el marco nacional e incluso europeo. Entiéndase, pues, que esta obra subraya la producción

andaluza, la granadina muy en particular, pero sin perder de vista en ningún momento la perspectiva peninsular y la perspectiva continental, apartándose nítidamente de líneas publicísticas que se centran tan sólo en lo local.

El contenido del libro está vertebrado en una introducción, nueve capítulos, el epílogo, la bibliografía y el índice onomástico. En la introducción el profesor Olagüe aclara, creo, lo que es una de las tesis cardinales de esta obra:

«Granada ha sido el ejemplo típico de un núcleo periférico en un país, hasta fechas recientes, fuertemente centralista y centralizado que ha dado pocas oportunidades a la periferia para desarrollarse».

Efectivamente, esta idea creemos que es esencial para entender esta obra, aunque la visión periférica no se circunscribe a Granada sino que a la menor oportunidad se amplía a la comunidad andaluza:

«Esta ausencia de política científica y de presupuestos adecuados en la periferia, explica que la investigación en Andalucía haya pecado de una fuerte tendencia al adanismo, es decir, al continuo olvido de la labor realizada por las generaciones previas».

El recorrido que remarca este libro, y que se subraya en la introducción, es el de la evolución —lenta— de un «*secular individualismo*» a la «*consolidación de grupos competitivos en el momento actual*». El primer capítulo está dedicado a la ciencia árabe y muy particularmente a la Granada islámica, destacándose la labor realizada en la Madraza y en el Maristán. La Madraza, institución docente, fue fundada por Yúsuf I (1349) y en la misma se explicaron saberes relacionados con las leyes, la religión, literatura, matemáticas, medicina, astronomía, geometría, etc. En cuanto al Maristán granadino es sabido que es el único hospital islámico en Andalucía «*del que existen noticias fidedignas*», y que fue fundado por Muhammad V (1367). En esta institución hospitalaria al parecer se daba asistencia a los «locos» y «débiles mentales».

El capítulo segundo se centra en los siglos XVI y XVII realizando un recorrido de la eclosión científica al aislamiento internacional. Destaca el autor, entre otras cuestiones, el primer libro impreso en Granada, en 1519, firmado por Arnau de Vilanova; además de la fundación en 1531 de la Universidad de Granada, una institución que viviría un notable retroceso en el siglo XVII. Se publicaron en Granada, en cambio, a lo largo de la citada centuria obras de Juan Sorapán de Rieros (1616), Juan de Soto (1616) y Bartolomé Valle (1619). El movimiento renovador de las ciencias de finales del siglo XVII no tuvo repercusión en Granada, aunque en la Sevilla extraacadémica apareció uno de los grupos más brillantes; efectivamente, en 1698, se fundó la *Veneranda Tertulia Hispalense Médico-Chímica*, más tarde denominada *Regia Sociedad de Medicina y otras Ciencias*.

El capítulo tercero se centra en los proyectos reformistas de los Borbones en la España del siglo XVIII. Se crean centros de formación especializada no universitaria o se trata de renovar a las Universidades, sobre todo a partir de 1771. Aparecen Sociedades Económicas de Amigos del País, Colegios de Cirugía como el de Cádiz (1748) o se llevan a cabo 19 expediciones científicas entre los reinados de Felipe V a Carlos IV. Más específicamente, el profesor Olagüe, se centra en este capítulo en cuestiones como la escasa incidencia de los planes de reforma de las Universidades andaluzas en el curso de la investigación (planes de 1768 y 1776), la labor de las Sociedades Patrióticas Económicas de Amigos del País, y de las Sociedades y Academias científicas, dedicando también un epígrafe a la introducción en España y en Andalucía de la vacuna contra la viruela de Edward Jenner.

El capítulo cuarto aborda el hundimiento de la ciencia hispana entre los años 1808 y 1833. Una idea gravita sobre este capítulo y es que la *«tíbetización de nuestro país explica que las aportaciones científicas de estos años fueran el resultado de esfuerzos individuales, más que de una política institucional de apoyo a la ciencia»*. Destaca en esta línea el catalán Antonio Martí i Franqués con sus estudios de botánica, química y fisiología. Sin olvidarse de andaluces notables que tuvieron que exiliarse como es el caso del cordobés Juan Manuel de Aréjula, catedrático del Colegio de Cirugía de Cádiz, promotor de la Escuela Nacional de Veterinaria, estudioso de la fiebre amarilla y uno de los introductores de la nueva química de Lavoisier en España. Aréjula falleció en su exilio londinense en 1830. Este capítulo concluye con una reflexión sobre la evolución del periodismo médico en esta época y con un breve epígrafe dedicado a la fundación de la Academia de Medicina del distrito de Granada (1830).

El capítulo quinto se centra en la llamada etapa intermedia en el cultivo de las ciencias (1833-1868), presentando a los autores que realizaron en Granada su labor en las Facultades de Ciencias, Farmacia y Medicina. Destacan nombres como los de Francisco de Paula Montells, Mariano del Amo, Rafael Sáez Palacios, Bonifacio Velasco, Juan Creus y Manso, Antonio Gómez Torres, Francisco Salo, Aureliano Maestre de San Juan, Eduardo García-Duarte, Mariano López Mateos, etc.

El siguiente capítulo estudia la lenta evolución de las ciencias experimentales en Granada, desde la Ley Moyano (1857) a la Junta de Ampliación de Estudios (1907). Constituye éste un capítulo denso y muy interesante en el que se abordan las consecuencias de la libertad de enseñanza en Granada, el periodismo científico, los congresos científicos andaluces y el comienzo de las especialidades médicas. Se estudia también la labor en la Universidad de la llamada generación

de sabios. Nombres como Bernabé Dorronsoro; Benito Hernando Espinosa, nacido en 1846; Federico Olóriz Aguilera; Eduardo García Solá, nacido en 1845. Este capítulo concluye con la explicación de la conflictiva recepción en Granada del darwinismo (1872) y la escasa implantación del método experimental (1880), así como las aportaciones de centros no universitarios de Granada como el *Centro Artístico, Literario y Científico de Granada* (1885) y el *Observatorio Astronómico y Estación Sismológica de Cartuja* (1902).

El capítulo séptimo se centra en la llamada edad de plata de la cultura científica española (1908-1939). Un extenso capítulo vertebrado en cinco apartados que se dedica a la regeneración de la vida española tras la pérdida de las colonias, a la Junta de Ampliación de Estudios, el Institut D'Estudis Catalans, la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias y la investigación en Granada. Entre otros autores se destaca a Carlos Rodríguez López-Neyra, catedrático de Mineralogía y Zoología aplicada a la Farmacia, que es calificado por Olagüe como «*la eminencia más sobresaliente y excepcional (...) y, sin duda, uno de los científicos granadinos más universales de todos los tiempos*» sobre todo por sus estudios en el ámbito de la parasitología. En lo que se refiere a una disciplina tan centrada en el recurso al laboratorio, como la Fisiología Humana, Granada apenas aportó nada novedoso. Uno de los motivos quizás hay que buscarlo en el hecho de que entre 1921 y 1936 ocuparan la cátedra cinco profesores, muy bien formados, pero que abandonaron Granada muy pronto. Fue José Sopeña Boncompte el que se quedó en la ciudad más tiempo (1927-1934) centrándose sobre todo en el estudio de la electrofisiología cardíaca. Otras figuras relevantes de la medicina granadina fueron Antonio Lecha Marzo, Rafael García-Duarte González, Guillermo Sánchez Aguilera, Pedro López-Peláez, Federico Olóriz Ortega, Gregorio Fidel Fernández Osuna, José Pareja Garrido, Rafael García-Duarte Salcedo, etc. Este capítulo concluye con el estudio de la actividad de dos instituciones ligadas a la Universidad de Granada: el *Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino* y la *Escuela de Estudios Árabes*.

El capítulo octavo está dedicado a la España de Franco (1939-1975) y se estudian los efectos de la guerra civil sobre la vida científica nacional y local, las consecuencias que entre 1939 y 1959 tuvo la política aislacionista y autárquica sobre el desarrollo de la ciencia, haciendo sobre todo hincapié en la labor del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* y la nueva descentralización del grado de doctor llevada a cabo en 1954. Los dos últimos apartados se centran en el final del aislamiento y la incidencia de los planes de desarrollo y de los informes de la OCDE sobre la ciencia española (1959-1975), dedicando un epígrafe específico a la investigación realizada en centros universitarios granadinos como la Facultad de Ciencias, la Facultad de Farmacia, la Facultad de Medicina y los

inicios de la investigación oncológica en el centro granadino *Fundación Benéfica San Francisco Javier y Santa Cándida*.

El capítulo noveno se centra en el estudio de los años 1975-1997; abarcando, pues, la transición democrática, la España constitucional y la España de las Autonomías. Constituye esta una rica y novedosa síntesis, muy documentada y con gran apoyo numérico que se presentan en tablas pertinentes y bien construidas. Un dato elocuente es que de los 50.000 científicos que publicaron en España entre 1978 y 1982, ningún andaluz tuvo un factor de impacto superior a 1,70, según el índice de Platz. Son especialmente interesantes las reflexiones y tablas estadísticas ofrecidas sobre el *Fondo de Investigaciones Sanitarias de la Seguridad Social* (FIS) y su apoyo a la investigación biosanitaria en Andalucía; la labor de la Escuela Andaluza de Salud Pública; la influencia del *I Plan Andaluz de Investigación* y el papel de la delegación en Andalucía del CSIC, además de los comentarios específicos realizados sobre la investigación en la Universidad de Granada.

A pesar de los avances producidos en España y en la Comunidad Andaluza, el profesor Olagüe en el epílogo pone el dedo en la llaga:

«De todas formas, no hemos de olvidar que nuestra posición en el seno de la Comunidad Europea es muy modesta todavía. El 23 de marzo de 1994, El País publicaba un informe sobre la difusión de los artículos sobre biomedicina publicados en España en el período 1986 a 1989 (...). Aunque ofrece poca información específica sobre Andalucía es muy interesante, pues sitúa muy bien la presencia española en el seno de la comunidad internacional, especialmente europea. En este sentido, conviene señalar que, según este artículo España se situaba en la cola de los países de la Comunidad Europea en cuanto a presencia de trabajos...».

Estamos, pues, ante un libro que podemos situar, y creo que no me equivoco al hacerlo, en la estela del regeneracionismo. Un libro que entre sus muchas virtudes posee la del rigor y la erudición, pero sobre todo el afán de encontrar las razones históricas del estado actual de la investigación en España, en Andalucía y más concretamente en Granada. Creo que es importante que a pesar de los avances que se han producido en las últimas décadas, el profesor Olagüe concluya su libro con un tono realista, que como decimos invita a la regeneración y superación permanentes, por eso quizás el autor ha encabezado su obra con una frase de A.C. Comin de *La España del Sur* del año 1965.

Francisco HERRERA RODRÍGUEZ